

ANGELUS. ¹



A la memoria del gran pintor francés Juan Francisco Millet.

Esa luz que hizo amanecer el día, va desapareciendo en el ocaso, desvaneciéndose en su lugar un velo ténue, tan dulce, cual tranquilo corazón del hombre que siente y llora.

Oh! qué paz!

Qué de cosas no se habían sucedido durante la corta estancia de la luz de ese sol que nos ayuda á admirar las creaciones de Dios! Qué de angústias! Qué de alegrías!. Qué de nacimientos y cuántos seres que nos abandonan....!

Ah!... ahora va á su fin el día, acércase la noche, relucirán las estrellas sobre el obscuro fondo de esa anchurosa é infinita bóveda, y el mundo.... contará un día más.

Poniéndose á meditar con cierto recogimiento, solo y sin distraccion alguna, mirando á lo que nos rodea, ¿qué nos resulta? qué es la vida, nuestro ser? y qué todas las cosas que pueden ambicionarse en la tierra?

Ah! Ya lo dijo un sabio: «La vida no es más que un sueño». Sí, nada más; entre la aurora y el anochecer podemos ver lo que somos, en qué corto tiempo se deshace un ser, y así como ese sol nos deja, casi sin notarlo en las puertas de la noche, de la misma manera, cuando nuestro espíritu se separa de nuestro cuerpo, así nos deja en el dintel de la muerte.

(1) Escrito en bascuence, é inspirado ante el magnífico cuadro pintado por Millet, de igual título.

II.

En una amena pradera se deja ver un campesino que termina su rural trabajo, y una mujer que prepara una cesta con los productos del campo para dirigirse al mercado.

Se les siente hablar á ambos sumamente risueños.

Bienaventurada gente! que no ansía para su felicidad más que el único fruto de su trabajo!

A lo lejos divisase un pueblecillo, destacándose justamente tras la niebla, iluminado por los últimos rayos del día; y un poco más allá, en el fondo, dibujase graciosamente la afiligranada silueta de la torre de una iglesia.

Oh! qué grandeza! qué misterio! qué soledad tan sublime! Aquí el cantar del grillo, allí el fresco murmullo del riachuelo, y arriba el despertar de las estrellas.

En esto, en medio de todo ese envidable ambiente, suena la campana de la torre que en el horizonte se eleva, y su dulce eco que á nosotros viene envuelto en suaves brisas, deleita los corazones de aquellos labradores, que demuestran estar ungidos de ferviente fe; descúbrese el hombre é inclina la cabeza sobre el pecho, la mujer deja también su trabajo, y con verdadero misticismo despiden aquel día, pronunciando firmemente el bello cántico del Ave-María....!

FRANCISCO LOPEZ ALEN.

